

hombre se separó de la Iglesia, fué causa de que rompiera con él todo género de relaciones.

Bernardino Ochino (1) había nacido en Sena en 1487 en el mismo barrio que Santa Catalina; entró primero en la Orden de los Franciscanos observantes cuya laxa disciplina no fué sin embargo de su agrado; por lo cual se agregó á su rigurosa ramificación de los Capuchinos. Dotado de imaginación por extremo viva y de grande elocuencia, llegó á ser pronto el más celebrado predicador de toda Italia, y sus palabras alcanzaban mayor eficacia por el ascético aspecto de aquel religioso, que infundía veneración. Decíase de él que era capaz de hacer llorar á las mismas piedras. Ya en la Cuaresma de 1534, y luego otra vez al siguiente año, predicó en Roma, en San Lorenzo in Damaso, en presencia de un escogido auditorio, en el cual se hallaban muchos cardenales. Expresábase con gran libertad de ánimo: sus sermones, refiere Agustín Gonzaga, declaran el Evangelio y conducen á una vida verdaderamente cristiana; no se arredra por decir lo que conviene para la salud de sus oyentes, y reprende severísimamente á los grandes, de suerte que toda Roma acude á escucharle (2). Desde Savonarola ningún predicador había alcanzado semejante fama; las ciudades y los príncipes se afanaban con el mayor fervor para obtener sus predicaciones, y principalmente en la Cuaresma, en la cual, según la costumbre de Italia, se solían llamar predicadores forasteros, érale difícil atender á las muchas demandas. Y como frecuentemente le reclamaban á un tiempo de partes diferentes, el mismo Papa hubo de tomar el negocio á su cargo y resolver qué ciudad tendría la dicha de ver en su recinto al elocuente capuchino.

Entre el número de los más entusiastas admiradores de Ochino estaba Victoria Colonna, la cual le favoreció á él y á su Orden en cuanto pudo, mirando en ella una manera de fomentar la reforma católica que había abrazado con todo el ardor de su

(1) Cf. Boverius, I, 297 ss.; Schelhorn, *Ergötzlichkeiten*, I, 635 s.; II, 216 s.; III, 765 s.; Cantú, *Eretici*, II, 29 s.; Benrath, *Ochino*, Braunschweig, 1892; Hettinger en las *Histor.-polit. Bl.* XCIV y *Aus Welt und Kirche*, I^o, 258 s.; Hilgers en *Wetzer und Weltes Kirchenlex.* IX^o, 659 s. A todos los sobredichos, aun á Benrath, se les han escapado los nuevos datos importantes sobre Ochino, que trae Luzio (V. Colonna, 26 s.).

(2) V. la relación de A. Gonzaga, de 12 de Marzo de 1535, en Luzio, V. Colonna, 26 s.; cf. Muzio, *Le Mentite Ochiniane*, 12^o; v. también Belluzzi, 39 s., 163.

corazón en lo más hondo de su alma (1). Como otras innumerables personas, contemplaba llena de veneración al poderoso orador popular, cuya vida ascética le representaba á los ojos de todos como un varón de Dios (2). En Septiembre de 1538 obtuvo Ochino el supremo gobierno de su Orden, y todavía parecían estarle reservados mayores ascensos; pues en Octubre del siguiente año se le designaba seriamente en Roma como candidato para la púrpura cardenalicia (3), y en 1541 fué de nuevo elegido Vicario general de su Orden y confirmado como tal por el Papa (4).

Esta elección tuvo lugar en Nápoles, donde Ochino había predicado por vez primera en 1536; y entonces fué cuando sucumbió á la fascinadora influencia del español Juan Valdés, el cual, apartándose en puntos importantes de la doctrina católica, cultivaba una manera de confusa religión sentimental (5). La veneración de Ochino hacia este hombre de «dulces palabras» llegó á ser tan grande, que dejó le prescribiera el tema y el desarrollo de sus sermones (6), y por Valdés vino á conocer los escritos de Lutero, Butzero y Calvino. Pronto se manifestaron las consecuencias. Levantáronse voces acusando al capuchino de herejía. El Virrey quiso prohibirle la predicación; pero Ochino se defendió tan hábilmente, que se le permitió continuar sus sermones cuaresmales. Victoria Colonna que tuvo noticia de las acusaciones, las atribuyó á la envidia de los otros predicadores (7), y como ella, pensaba la mayor parte de la gente.

Ochino pudo continuar obteniendo como predicador los mayores triunfos; el virrey Ferrante Gonzaga quiso llevarle á Palermo, y no menos que Pedro Bembo procuró atraerle á Vene-

(1) V. Tacchi Venturi, V. Colonna, 161 ss.

(2) V. Reumont, V. Colonna, 136 s.

(3) Carta de Vincenzo da Gatico al duque de Mantua: *Si è levata fama che S. S^{ta} vuole creare di nuovo cardinali, et in questo predicamento sono gli infrascritti: il thesoriere, il Gambaro, M^o Durante, M^o Marcello secretario, l' auditore della camera, il castellano, fra Bernardino da Siena et fra Dionisio generale de servi. Dat. Roma il 24 di ottobre 1539. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Benrath, *Ochino*, 54.

(5) Sobre Valdés, v. nuestros datos más abajo, en el cap. XIV.

(6) V. Estr. del processo di Carnesechi, loc. cit., 196.

(7) V. Carteggio di V. Colonna, 138 s.; Benrath, 67 s. En Tacchi-Venturi, 501 s., hay una carta interesante de Ascanio Colonna á A. Ricalcati, de 7 de Mayo de 1537, en defensa de Ochino.

cia. Este último confesaba no haber jamás oído más provechosos y edificantes sermones. «Se expresa, escribía Bembo á Victoria Colonna, de una manera del todo diferente y mucho más cristiana que los demás predicadores que en la actualidad suben á la sagrada cátedra. A todos agrada sobremanera, y cuando se parta de aquí se llevará los corazones de todos.» Aun el mismo Pedro Aretino, el indecoroso mofador, se explaya en enfáticos elogios del grande orador sagrado. En una carta dirigida á Paulo III, le anuncia su conversión producida por la elocuente voz del apostólico fraile, y le pide perdón de los injustos ataques que se había permitido contra la Curia en sus locos escritos. Pero ni aquella conversión fué duradera (si acaso fué real), ni el encomio de Ochino era del todo desinteresado, como quiera que el predicador había condescendido hasta admitir favorablemente uno de los escritos edificantes que Aretino tuvo á la sazón por conveniente redactar (1). Sin embargo no puede ponerse en duda en manera alguna que, por aquel tiempo, todo el mundo consideró á Ochino como el ideal de un orador sagrado. «Tenemos aquí varios predicadores señalados, refiere Octaviano de'Lotti, desde Roma, al Cardenal Gonzaga, en la cuaresma de 1539; pero ninguno se puede equiparar con Ochino» (2). La fama del capuchino estaba tan firmemente fundada, que no se dió crédito á la acusación de que difundía doctrinas heréticas, la cual levantaron contra él por segunda vez los Teatinos en Nápoles el año de 1539. Bien es verdad que Ochino procedió con mayor cautela en la difusión de sus opiniones.

Carnesecchi, que le oyó en Nápoles en 1540, dijo después en su proceso, que Ochino había predicado ciertamente sobre la justificación por sola la fe, pero en forma tan hábil y prudente que nadie había padecido escándalo con su doctrina (3). Por efecto de esta circunspección sólo observadores muy atentos echaron de ver que se había realizado una mudanza en sus opiniones (4); pues en el concepto general continuó siendo tenido por

(1) V. Luzio, V. Colonna, 34 s. Cf. su estudio sobre Aretino como autor de escritos religiosos (Luzio, Opere ascet. dell' Aretino: Fanfulla d. Domenica II [1880] n. 22).

(2) Esta interesante carta, de 24 de Febrero de 1539, la ha publicado Luzio (loc. cit., 37).

(3) V. Benrath, 68 s.

(4) Cf. la carta de Grillenzoni á Morone en Benrath, 69, nota 1.

un predicador santo y señalado, de influjo muy excelente. Hasta cuando en Venecia, en la cuaresma de 1542, se indispuso con el nuncio Fabio Mignanelli, por haber intervenido en favor de Julio da Milano, acusado de herejía, no se siguieron por lo pronto efectos para él desfavorables; pues los venecianos intervinieron con tal ardimiento en favor de su orador predilecto, que el Nuncio tuvo por menor inconveniente dejarle seguir predicando (1). Sin embargo, el conflicto ocurrido en Venecia fué el prelude de la catástrofe. Paulo III, que hasta entonces había hecho extraordinaria estimación de Ochino, concibió sospechas, por más que hallara dificultad en proceder contra un hombre que tanto bien había hecho y gozaba de tan grande reputación en todas partes. No quiso con todo eso proceder, sino con la mayor circunspección posible y mediante una investigación detenida (2). Por una carta del cardenal Farnese, escrita en la forma más cortesana, hizo que á 15 de Julio de 1542 se invitase á Ochino á dirigirse á Roma tan presto como su salud se lo permitiera, con el objeto de discutir las opiniones religiosas de algunos capuchinos; pues, en semejante negocio, el Papa no quería ordenar nada sin su consejo (3). Ochino se hallaba cabalmente á la sazón en Verona, donde explicaba á sus Hermanos de religión las Cartas de San Pablo á la manera que él las entendía.

Poseído de la conciencia de su culpabilidad, temió obedecer al llamamiento de su Jefe supremo, y vino á aumentar su irresolución el tono amistoso y hasta confiado y lisonjero con que se le citaba. Inquieto é incierto de lo que había de hacer, procuró por lo pronto obtener una prórroga, y así rogó al cardenal Farnese le permitiera diferir su comparecencia, á la que decla-

(1) V. la *Crónica de Mario da Mercato Saracini. *Archivo de la orden de los capuchinos de Venecia*.

(2) V. Reumont, V. Colonna, 198 s.

(3) Per una lettera del card. Farnese molto cortese, dice Giberti en su carta al marchese del Vasto, de 11 de Septiembre de 1542 (publicada por Benrath, 284); por tanto no por parte de la Inquisición, como cree este último (p. 96). La nueva ordenación de la Inquisición lleva la fecha de 21 de Julio de 1542; pero el llamamiento de Ochino tuvo efecto el 15 de Julio de 1542. La *carta de Farnese (*Archivo secreto pontificio*, Princ. 146 C) la publicará Piccolomini dentro de poco en el *Bullett. Senese*. La publicación de P. Piccolomini lleva por título: *Documenti Vaticani sull'eresia in Siena durante il secolo XVI* (pero no se ha publicado hasta 1909).

raba estar dispuesto, hasta que hubieran pasado los grandes calores. Apoyó su petición, por medio de sus amigos de Roma, Giberti, el cual hacía mucha estima de él, no sospechando hasta qué punto Ochino se hubiera ya separado interiormente de la Iglesia. Pero aun antes que tuviera tiempo para llegar la respuesta, recibióse un breve pontificio de 27 de Julio de 1542, en el cual se repetía la invitación y se mandaba á Ochino en virtud de la debida obediencia, encaminarse sin dilación á Roma, donde el Papa necesitaba su consejo y ayuda en el negocio referido (1). Entonces tampoco Giberti quiso dar oídos á sus razones en contra: si Ochino había cometido alguna falta, debía demostrar su humildad con hechos y no con solas palabras; y si no había faltado, todavía tenía mayor motivo para acudir á la citación, pues el Papa había sido puesto por Dios como cabeza de la Iglesia, y no le debía hacer la injuria de suponer que quisiera proceder con él contra justicia, particularmente por cuanto, en casos tales, el Santo Padre ya se había manifestado mucho más inclinado á la benignidad que al rigor (2). Con esto Ochino emprendió su viaje á mediados de Agosto. En Bolonia vió al moribundo Contarini (3) y en Florencia se hospedó en el convento de Montughi, hasta donde fué perseverando en el designio de dirigirse á Roma. Pero allí encontróse con el agustino *Pedro Vermigli*, el cual, hallándose en posición semejante á la suya, había sido citado á Génova ante el Capítulo de su Orden, y había tomado ya la resolución de sustraerse por medio de la fuga á toda responsabilidad. Movidó por las reflexiones de Vermigli, resolvióse Ochino á hacer otro tanto, y aun antes que él volvió á emprender su viaje hacia el norte para pasar los Alpes y diri-

(1) Este breve (Min. brev. Arm. 41, t. 24, n. 624) lo publicará asimismo Piccolomini (loc. cit.). Estos dos documentos muestran que Ochino contradecía enteramente á la verdad, al afirmar más tarde, que fué citado «con turia mirabile» (Benrath, 291), y al relacionar su citación desde el principio con la Inquisición (ibid.). El negocio no fué á parar á la Inquisición, sino después de su huída.

(2) V. la carta de Giberti, citada arriba, p. 419, nota 3.

(3) Las relaciones, en parte diametralmente contradictorias, sobre el encuentro de Ochino con Contarini, las ha sometido Dittrich (Contarini, 849 s.) á un minucioso examen, del cual causa extrañeza no dé Benrath la menor noticia en la nueva edición de su monografía (p. 99 s.). Sólo nuevos documentos pueden arrojar completa claridad sobre este punto, como oportunamente dice Dittrich. V. también Reumont, V. Colonna, 200.

girse á Ginebra al lado de Calvino (1). Su abierta rebelión y su apostasía de la Iglesia estaban resueltas.

Como en todas partes, la noticia de la apostasía del General de los Capuchinos y el más celebrado predicador de su tiempo, produjo en Roma extraordinaria sorpresa y dolorosa impresión. Era aquél un escándalo sin igual. La opinión común, refiere el agente que tenía en Roma el cardenal Gonzaga, se inclina á que Ochino ha dado este loco paso por ambición y despecho, porque en el último nombramiento de cardenales no obtuvo, como había esperado, el rojo capelo á par del benedictino Badía. Según otra posterior carta del mismo narrador, Ochino no vió al principio en su citación á Roma ninguna amenaza, sino por el contrario, el preludio para aquella honra por la que tan ardientemente anhelaba (2). A ser verdad esto, como parece colegirse de muchas circunstancias (3), sería cierta la tradición de su Orden, según la cual Ochino no entendió, hasta que Vermigli se lo hizo conocer en Florencia, que en Roma no le aguardaba la púrpura, sino la cárcel y la condenación (4). Pero Ochino, por más que antes había asegurado repetidamente, que deseaba morir por Cristo, no tenía entonces deseo ninguno del martirio; y así lo confesó claramente en un escrito que, todavía desde Montughi, dirigió á Victoria Colonna á 22 de Agosto de 1542, inmediatamente antes de emprender la fuga. En aquella carta, donde se refleja claramente su intranquilidad y disipación, excusa su manera de proceder, alegando que otros se lo aconsejan, y al propio tiempo procura por todas maneras justificarse (5). Victoria Colonna recibió en el monasterio de Santa Catalina de Viterbo la carta de aquel desdichado, y sin la más mínima vacilación se colocó

(1) También sobre la huída trae Luzio (V. Colonna, 42 s.) nuevos datos que Benrath (p. 108) ha desconocido. Estos datos están confirmados y completados en sus pormenores por el compañero de Ochino, los cuales contó éste á Bernardino da Colpetrazzo (v. su *Crónica en el *Archivo general de la orden de los capuchinos de Roma*). V. también ahora Solmi, Fuga, 95 s.

(2) V. las dos relaciones de N. Sernini, de 31 de Septiembre y 14 de Octubre de 1542, en Luzio, loc. cit., 39-40.

(3) También, entre otras cosas, el pasaje de las *Prediche*, I, 10 de Ochino, que aduce Benrath (p. 101): *Di poiche cominciarono a suspicare di me, Paolo Papa ditto terzo non mancò colla sua prudentia d' usar mezzi per tirarmi alle sue voglie con invitarmi a dignità.*

(4) V. Boverius, I, 298.

(5) V. Cantú, *Eretici*, II, 45 s.; Benrath, 287 s.; Carteggio di V. Colonna, 247 s.

en seguida resueltamente en el terreno católico. La profunda caída de aquel hombre á quien en otro tiempo tanto había venerado, no hubo de sorprenderla como cosa totalmente inesperada, pues en Agosto de 1541, á la observación, que todos tenían á Ochino por un varón verdaderamente cristiano, repuso: «¡Quiera Dios que persevere así!» (1). Por tanto, ya entonces había aquella noble mujer entrado en cuidado; á pesar de lo cual, lo que ahora acontecía hubo de conmoverla profundamente. Confiriólo todo con su consejero espiritual Pole, á quien presentó también naturalmente el escrito de Ochino de 22 de Agosto. Y cuando el ex-capuchino le envió desde Ginebra otra segunda carta, junto con un escrito que había compuesto para justificar su apostasia, ella, siguiendo el consejo de Pole (2), lo remitió en seguida todo al cardenal Cervini con la significativa observación: «Duéleme hondamente que Ochino, cuanto más procura justificarse, tanto se acusa más gravemente; y cuanto más se esfuerza por salvar del naufragio á los demás, tanto más se precipita él mismo en el abismo poniéndose fuera del Arca que salva y asegura» (3). La actitud enteramente sólida que Victoria tomó en aquel decisivo momento, responde del todo á los católicos sentimientos que expresa en muchos de sus hermosos sonetos (4).

Lo propio que Victoria Colonna, condenó también Giberti en-

(1) V. Contile, *Lettere*, I, Venezia, 1565, 19.

(2) Frantz (*Lit. Rundschau*, 1882, 432) advierte que es significativo así para Pole como para Victoria, que aquél mostrase el escrito á este representante de la dirección rigurosamente eclesiástica.

(3) *Carteggio di V. Colonna*, 256-257.

(4) «Estas poesías, dice Hauck (*V. Colonna*, Heidelberg, 1882, 53), dan luz sobre la posición que tomó Victoria respecto de la Reforma, y en ellas no se puede afirmar ante todo que se muestre partidaria del protestantismo, hecho que no queda rebatido porque la Inquisición la creyese sospechosa de opiniones protestantes. *Faltaba en ella precisamente lo protestante*, pues sostenía el culto de María y de los Santos, etc. No menos sostenía Victoria las instituciones de la *Iglesia romana*. Así como en aquel soneto á Carlos V designa al Papa como al verdadero Pastor, así también más tarde no podía concebir la Iglesia sin el papado.» Que Reumont al rechazar la impugnación de Benrath en la *Allg. Zeitung*, 1882, Beil. n.º 4, «tiene más razón que Benrath», es también opinión de Harnack (*Theol. Lit.-Zeitung*, 1882, n. 11). En favor de los sentimientos católicos de Victoria, cf. todavía Körting, *Gesch. der Literatur Italiens*, III, 247; Campori en los *Atti dell' Emilia*, III, 2, 18 s.; Frantz en la *Lit. Rundschau*, 1882, 429 s.; Höfler en el *Histor. Jahrb.*, IX, 70 s.; Grauert *ibid.* X, 472 s.; Luzio (v. abajo, p. 425, nota 5); F. X. Kraus, *Essays*, I, 291; *Giorn. d. lett. Ital.* L 272.

teramente la apostasia de Ochino sin admitir para ella ninguna disculpa. En un largo escrito dirigido al Marqués del Vasto, expresa sus sentimientos, determinando al mismo tiempo precisamente los límites en que debe contenerse la actividad reformatoria de aquellos que quieren permanecer en el seno de la Iglesia. El enojo por los abusos cometidos en el Gobierno eclesiástico, no era para Ochino disculpa ninguna, pues daños existieron siempre; y asimismo, en lo porvenir, lo bueno andaría constantemente al lado de lo malo. Los santos y sabios de la Antigüedad, en tiempos todavía más calamitosos, no por eso aborrecieron á sus superiores, sino compadecieron de ellos y siguieron el único camino recto, exhortándolos de palabra y por escrito, rogando y suplicando á Dios y cumpliendo concienzudamente sus propios deberes; no perturbando todas las cosas con ira é imprudencia, ni ofreciendo á los novadores en materias religiosas falsos pretextos para sus agitaciones (1).

Lleno de caridad y moderación, pero por eso mismo con abrumadora crítica, condenaba Claudio Tolomei el paso de Ochino, y principalmente su declaración: que no debía al Papa obediencia ninguna por ser el Anticristo, en una exhortación que dirigió á su famoso conciudadano y antiguo amigo, á la sazón tan gravemente extraviado. ¿A dónde conduciría el que cada cual pudiese sustraerse á los mandatos y ordenaciones de sus superiores á quienes debe obediencia? Tanto si Ochino había errado como si no, debía haber obedecido á su citación á Roma: «Si la acusación era infundada ¿qué teníais que temer de la presencia de nuestro justo Señor, que tan propenso se os había mostrado? Como el oro en el fuego hubierais podido acrisolar la opinión que se tenía de la pureza de vuestras costumbres y de vuestra probidad. Mas si la acusación estaba justificada, no sé lo que pensar: si por ignorancia ó por malicia habíais esparcido falsa doctrina entre el pueblo. Confieso que lo uno me parece difícil de creer y lo otro enteramente increíble. Pero fuera que se manifestara lo uno ó lo otro, en el primer caso, si hubierais faltado por ignorancia, debíais agradecer de todo corazón á vuestros acusadores el haberos, por medio de su acusación, conducido al conocimiento de la verdad,

(1) V. Benrath, 285. Esta carta confirma las explicaciones de Pighi (p. 133 s.) sobre la ortodoxia de Giberti, quien por causa de sus relaciones con Ochino, cayó en sospecha (v. Solmi, *Fuga*, 93).

de suerte que por este medio os hubieran salvado de las tinieblas del error, para que pudieseis restituirlos á la luz de la verdad: á Cristo mismo como verdad suma, y fuente, principio y manantial de todas las verdades. Pero si hubierais procedido por malicia, ya este mismo motivo sería de suyo por extremo culpable y yo no hallaría para vos ninguna excusa.»

Por ventura, prosigue Tolomei, se dirá todavía, que no os movió la ignorancia ni la malicia, sino una ilustración superior, y que Cristo os reveló ocultas verdades, á la manera que en otro tiempo iluminó á San Pablo convirtiéndole del Judaísmo á la verdadera fe. «Pero Cristo ¿os habría enseñado lo contrario de lo que dictó á sus Apóstoles y á los sucesores de ellos, y así, de la suma verdad, se habría convertido en la mayor mentira? Así pues ¿Clemente, Anacleto, Evaristo, Aniceto y los demás grandes siervos de Dios, hubieran sido engañados y hubieran engañado á su vez á los otros? ¿Podemos creer verdaderamente que Ireneo, Orígenes, Cipriano, Atanasio, Gregorio, Basilio, Ambrosio, Agustino, Bernardo, y tantos otros santos y admirables maestros de la Ley de Cristo, erraron todos; que en vez de manifestarnos la luz nos envolvieron en tinieblas; en vez de enseñarnos la verdad, nos enredaron en mil mentiras? Nadie que discorra razonablemente puede creer en semejante falsificación. No es posible que Cristo abandonara á su Iglesia antes de la aparición de Lutero, como quiera que él mismo prometió que estaría con ella hasta la consumación de los siglos. Creedme; es necesario que, en medio de este alborotado y proceloso mar de tan diversas y contrarias opiniones, brille para nosotros una estrella á la que podamos levantar los ojos, la cual nos señale el camino por donde podemos llegar á Dios. Esta no es ni puede ser otra (según que lo han demostrado muchos santos y sabios varones) sino la Iglesia romana, la cual, fundada por Pedro, en quien puso Cristo el cimiento de su Iglesia, se ha extendido hasta nuestros días por una no interrumpida sucesión de papas» (1).

Lo propio que Claudio Tolomei, Giberti y Victoria Colonna, pensaron también Morone y Pole, los cuales estuvieron resueltos á permanecer en el «Arca de salud» y guardar inquebrantable

(1) V. Lettere di Cl. Tolomei, III, Fermo, 1783, 8 s. La carta muy retórica de Carafa á Ochino se halla en Silos, I, 213 s.

obediencia al Papa como á Vicario de Cristo (1); y esta firme voluntad de creer lo que la Iglesia enseña, de someter cualquiera privado juicio á la Autoridad eclesiástica, es lo que hace del católico un hijo fiel de la Iglesia. Un error pasajero, principalmente en cosas que todavía no están definidas, no puede destruir esa fidelidad; por lo cual, aun cuando en Roma algunos zelantes infundieran sospechas contra el círculo de Viterbo, los buenos se reían de ellas, según lo refiere un agente del cardenal Gonzaga á 2 de Septiembre de 1542, el cual añade, que la Inquisición examinará atentamente los escritos de Valdés; pero que se tiene la más favorable opinión de las personas que rodean al cardenal Pole (2). Que Paulo III participaba de esta buena opinión, se mostró más adelante cuando designó á Pole como uno de los presidentes del Concilio Tridentino. Recientemente se ha venido á conocer una prueba estupenda, que demuestra cuán alto prestigio gozara con Paulo III, sobre todo la amiga del cardenal inglés, Victoria Colonna, y de qué modo duró aquella confianza hasta los últimos tiempos de su pontificado; pues, en Agosto del año de 1546, cuando el anciano Jerarca de la Iglesia creía estar próximo al fin de sus días, y le preocupaba con la mayor viveza la cuestión de la inminente elección pontificia; él, el antiguo adversario de los Colonna, se aconsejó detenidamente acerca de esto con la misma Victoria Colonna (3).

Solamente mucho más adelante, cuando el creciente progreso de las novedades religiosas, hizo que pareciera necesaria la más dura represión, aun á aquellos que de suyo eran enemigos de semejantes medidas violentas, se originó una seria sospecha contra personas como Pole, Morone y Victoria Colonna, las cuales habían sido en realidad ornamento de la Iglesia católica (4). Por lo cual, presentar á los mencionados como partidarios de los principios protestantes es, para no emplear otra más dura expresión, una falta de criterio histórico (5). Lo único que con razón

(1) Respecto de Pole, reconoce esto también Benrath (en Herzogs Realencykl. XV³, 705). Cf. además Quirini, III, Praef. 59 ss.; Zimmermann, 216; Cuccoli, 106 s.

(2) Luzio, V. Colonna, 39.

(3) V. la demostración documentada en Luzio, V. Colonna, 49.

(4) Juicio de Reumont en la Allgem. Zeitung, 1882, Beil. n.º 46. Sobre estas sospechas se tratará más en particular en el tomo sexto.

(5) Como en Italia se da aún muchas veces por cierto el protestantismo de V. Colonna, no parece superfluo recordar el juicio con que termina Luzio su